EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados ..... 4 50 " "
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 4.

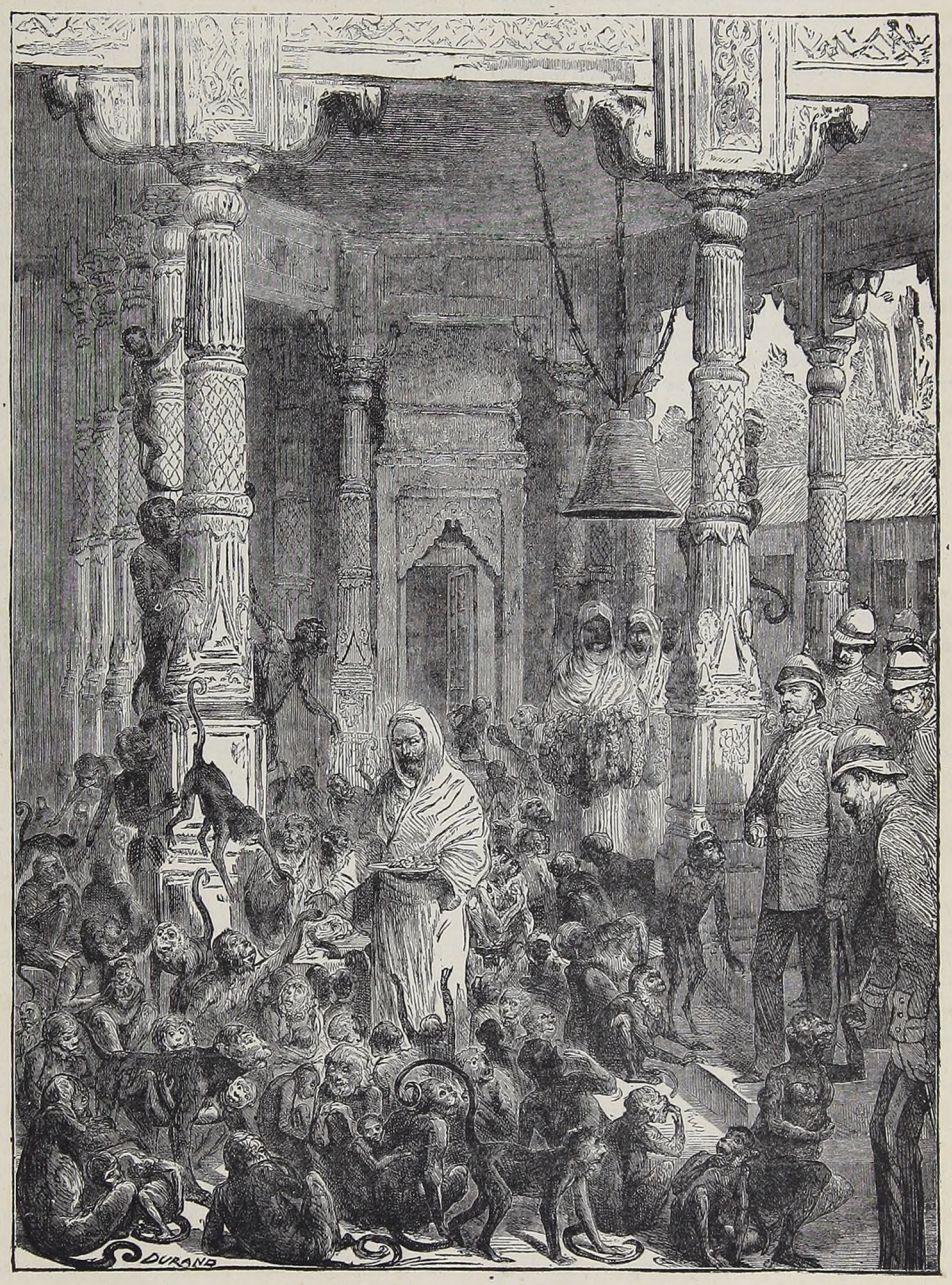
MÉXICO, 23 DE ENERO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.



Alcázar de los monos en Benares

LA MUJER.

A VOSOTRAS, queridas lectoras, dedico este artículo, y al escribirlo, me propongo dos cosas: la primera es haceros toda la justicia que os mereceis, no con el objeto de captarme vuestras simpatías, que las tengo en mucho, sino con el de destruir, si puedo, algunas creencias erróneas que se tienen respecto de vosotras, y que hoy por desgracia abundan demasiado: la segunda es poneros de manifiesto el sinnúmero de escollos en que tropieza con mucha frecuencia la mujer; escollos que encubre las más de las veces su ciega confianza en la apariencia y su poca experiencia en la realidad.

Escrito lo que antecede, me creo obligado á decir algo á aquellos de mis lectores que les ocurra (siquiera sea por casualidad) fruncir el entrecejo al leer lo de *creencias erróneas;* y ese algo es, que no esperen que yo, cual el avellanado hijo del inmortal Cervantes, vaya á descolgar la lanza y la adarga para irme por esos mundos de Dios enderezando entuertos y desfaciendo agravios y malandanzas.

No, carísimos lectores, lo que hoy pretendo es tan sólo rendir un dignísimo tributo á esa mitad del género humano, que al mecer nuestra cuna enjugando nuestro llanto, nos presta con solícito anhelo el benéfico calor de que carecieron nuestros entumecidos y débiles miembros.

A ese sér todo abnegación que nos alimenta con su propia vida, que acoge con frenética alegría nuestra primera sonrisa, que guía y sostiene cariñoso nuestro paso vacilante, y que al mostrarnos conmovido la azulada esfera, hace entrever á nuestra infantil inteligencia la idea de un Dios grande y cariñoso, al cual se dirige, haciéndonos decir la primera oración que elevan al cielo los labios inmaculados del ángel.

Quiero poner de manifiesto la inmensa grandeza de ese sér que, dominando las más de las veces el acaso desmedido orgullo del hombre, le vé caer rendido tras la amorosa lucha, y casi siempre más generosa que él, le basta con el triunfo obtenido, y desprecia el abuso que pudiera hacer de su influencia para conducir al hombre á la humillación....

Pero basta de preámbulo y entremos en materia.

Pudiera llenar un tomo si pretendiera tan sólo extractar las muchas ideas que sobre la *mujer* han vertido tantos sabios de reconocido mérito y algunos tantos de aparente sabiduría.

Mas como quiera que abrigo la convicción de que es muy difícil que pueda yo decir algo bueno sobre este manoseado tema, creo sumamente fácil poder decir algo nuevo; y pudiendo decir algo nuevo, lo lanzo á los vientos de la publicidad con el objeto de que pueda recogerlo alguno que sepa sacar mejor partido de ello y desarrollarlo cual el tema merece, pues tal vez me sobre de buena intención lo que me falte de inteligencia para desenvolverlo.

Al tratar de *la mujer* debo advertir, ante todo, que aludo á las mujeres de corazón ó de inteligencia, ó de ambas cosas á la vez, pero de ningún modo á ese sér insustancial, tan estéril para el bien como predispuesto para el mal, cuya híbrida materia alimenta esa clase de mujeres, que la sociedad (tal vez benigna) califica con el nombre de *coquetas.*

En mi concepto, *la mujer* y *el amor*, á ser dos partes que completan un todo y teniendo esta creencia, no puedo excusarme de hablar del amor al tratar de *la mujer.*

La mujer y el amor son dos problemas indescifrables, ó mejor dicho, un problema insoluble para todos aquellos hombres que no ven en *la mujer* más que un instrumento lanzado en medio de la sociedad para hacer más agradable la vida, y el cual no es acreedor á otra cosa que á esa especie de rutinario servilismo que llaman algunos *consideración social de la mujer*, y que otros aceptándolo como una deuda contraída ó como un testimonio que debe rendirse á su debilidad, lo califican con el elástico nombre de *galantería.*

La mujer, para esa clase de hombres (muy abundantes por desgracia) es lo que ellos llaman un libro cerrado ó un geroglífico indescifrable; pero es porque han temido perder su pretendida preponderancia al detenerse á estudiar á la mujer, concediéndole con ésto más importancia de la que ellos juzgan debiera tener. ¡Necios!

¡Qué fuera de ellos sin el gran corazón de ese sér cuya noble misión sobre la tierra está encerrada en una sola palabra! ¡Amor!

Y si la mujer es toda amor; y si la mujer, como es innegable, posee de ordinario un gran corazón, ¿no podeis comprender las explícitas manifestaciones del sentimiento y del cariño?

Pero no, vosotros no podeis comprender su corazón, porque no la eleva como vuestra inteligencia os eleva á los primeros puestos del Estado, á trepar por la escala esplendente de la gloria ó á arrancar sus secretos á la ciencia.

No podeis comprender su corazón, porque la serie inmensa de sacrificios que impone su condición á *la mujer*, se realizan sin ostentación de ningún género, y los envuelve cual con un impenetrable velo su profunda abnegación y el recinto reducido del hogar.

No podeis adivinar sus sentimientos, porque siempre aparecen restringidos bajo la poderosa presión que en ella ejerce su educación, que la obliga á ocultarlos, y su corazón, que la impulsa á decirlos, pesando sobre ella la inmensa desgracia de tener que sufrir las impertinencias de todos, sin poderse dirigir á ninguno.

La mayor parte de los hombres creen que *la mujer* tiene no sólo el deber de escucharles, sino de prestar asentimiento las más de las veces á sus pretensiones. De aquí que la mayoría de esos hombres (acaso justamente desdeñados) se convierten en enemigos implacables de *la mujer* que tuvo forzosamente que escucharlos, y que se vió en la durísima necesidad de tener que desechar sus pretensiones.

Convengamos, lectores mios, en que ahoga en nosotros con frecuencia (al tratar de la mujer) nuestro excesivo amor propio al recto sentimiento de la justicia.

Y puesto que entramos en el terreno de las concesiones, convendreis también conmigo, si habeis frecuentado la sociedad, en que el aparecer en ella *la mujer*, guiada tan sólo por el instinto, y al dejar correr espontáneamente las sinceras manifestaciones de sus tendencias y sentimientos, sin esa ficción que es el manto en que la sociedad envuelve los defectos de la mujer, considera la sociedad desde luego la personalidad de esa mujer como una presa que le pertenece, y se encarga, como cumpliendo una penosa misión, de revestirla con los ficticios encantos que adornan de ordinario á lo que el mundo llama con pomposa frase *una mujer á la moda*, ó *una completa mujer de sociedad.*

A pesar de los heterogéneos elementos que constituyen la sociedad en general, hay una gran homogeneidad de ideas en un punto, y éste es en el de atribuirse la gloria de crear á *la femme* (mujer) *comme il faut*, donde la naturaleza tan sólo había criado el sexo, es decir, la hembra; otra de sus glorias es la necia pretensión de haber creado la perpetuidad del deseo, donde la naturaleza, obedeciendo á altos fines de la Providencia, tan sólo pensó en crear la perpetuidad de la especie, y la otra, queridos lectores, es la de haber inventado el amor;... ese amor, destello de la Divinidad, cuyo solo contacto embellece todo aquello cuanto alcanza.

Dispensadme, complacientes lectoras, si acaso, llevado en las leves alas del pensamiento, he entrado, quizá sin pretenderlo, en las severas sendas del criterio filosófico. Pero como quiera que yo creo que de ello podemos sacar algo útil, espero que me perdoneis si en algo pudiera molestaros mi filosófica digresión.

Voy, pues, siguiendo el curso de ideas que sugiere á mi imaginación lo que acabo de enunciar, á levantar por la punta un velo entretejido de rosa y oro, con el cual encubre la sociedad las más de las veces una de sus más lamentables ficciones, ficción que jamás pasa desapercibida para las personas cuya sensatez está por cima de las infinitas miserias sociales y que consiste en pretender divinizar á *la mujer.*

Contentaos desde luego, queridas lectoras, con ser siempre mujeres, pues la mujer verdaderamente buena engendra consigo, y sin pretenderlo acaso, al ángel de la familia, á la benéfica providencia del hogar doméstico.

Contentaos, sí, con ser mujeres, pues acaso la sociedad intente elevaros á la categoría de diosas. Y ¡ay de vosotras si al recibir sus inciensos y su falsa adoración, ciegan vuestros ojos las aromáticas espirales del humo de los perfumes, y ensordecen vuestros oídos los himnos de alabanza de los falsos adoradores!

¿Sabeis lo que se os exige en cambio de vuestra pretendida divinidad? Se os exige, mis buenas lectoras, que escucheis embebecidas en delicioso éxtasis la estúpida y rutinaria fraseología de esos parias del sentimiento que saben decir sólo lo que aprenden, y que contesteis á ellas con sonrisas provocativas, con abrasadoras miradas y con encantadoras delicadezas de lenguaje. Se os exige que deis constantes pruebas de incesante afección, no sólo á esos serviles adoradores que se disputan vuestra codiciada y equívoca mirada, sino á una inmensa pléyade de femeniles séres que encubren el más cordial aborrecimiento y la más venenosa envidia, con una aparente adhesión y una cariñosa antipatía.

También se os exige que ennoblezcais con las maneras acaso torpes deseos, tal vez antipáticos instintos, quizá los más bastardos sentimientos.

Finalmente, se os exige que encubrais bajo angélicas formas las más groseras tendencias del insípido coquetismo; que oculteis hábilmente las manifestaciones roedoras y punzantes del odio, y que acalleis, disfrazando con halagüeñas sonrisas, los gemidos dolorosos que arranca al alma la desesperación.

Os puedo asegurar, á fe de mi nombre, queridas lectoras, que siempre he tendido á comprender á la mujer, pero que me ha repugnado el entrever en ella algunas veces á la diosa.

Tened muy presente en la memoria, que la Virgen María, sobre ser, según la Religión Católica, Madre de un Dios y de la humanidad entera, acepta la adoración como Virgen y como Madre, mas no admite culto como diosa.

Quede para el grosero gentilismo este codiciado epíteto; pero vosotras, lectoras, no lo acepteis jamás, pues os dió el Cristianismo la consideración de que gozais, y debeis agradecerle el que vincularan en vosotras la fe, la piedad, la abnegación y la gracia.

Huid, queridas lectoras, no sólo de inspirar esa gentílica adoración que rechaza compadecida la inteligencia, sino de las fatales tendencias que conducen á él insensiblemente.

Fuera loco el intrépido guerrero que en lucha mortal y sangrienta arrojara lejos de sí el salvador escudo que pudiera defenderle de los golpes de sus contrarios. Así fuera insensatez en vosotras, complacientes lectoras, si en la lucha que teneis que sostener diariamente contra el sutil y capcioso enemigo llamado *lisonja*, arrojárais lejos de vosotras la modestia, que es el poderoso escudo que defiende inquebrantable la virtud de la mujer.

No dudo en decíroslo: rehuid la lisonja donde quiera que la encontreis, pues es vuestro más encarnizado enemigo y el más temible, porque encubre con una candorosa apariencia de admiración las miras acaso más interesadas del hombre: ¡ah! y el hombre sabe muy bien que ese es el camino que conduce más directa y más fácilmente á enseñorearse del corazón de la mujer, y que las vallas de la más cándida inocencia ó del experimentado desengaño ceden cual ligeros tamos al impulsarlos el viento leve, pero irresistible, de la más repugnante é hipócrita de todas las seducciones, de la venenosa y emponzoñada *lisonja*.

Despreciad los consejos del que os diga que vuestra misión es deslumbrar con el brillo chispeante é incisivo de los brillantes; atraer con la riqueza y la vanidad de los trajes; seducir con la fascinación momentánea que ejercen los ficticios encantos del tocador; arrebatar con los equívocos movimientos de la más estudiada y necia coquetería, y conmover excitando las miradas codiciosas del hombre con la acaso inconveniente desnudez.

No, no los creais, por más que su dicho os halague y mi negación los lastime. No los creais, porque os engañan; porque la mujer debe deslumbrar, sí, pero deslumbrar con sus virtudes, cuya luz emana directa del cielo, y no con los brillantes, cuyas chispas las engendran las profundas entrañas de la tierra.

No los creais, porque la mujer atrae más con la elegancia de la sencillez que con el afán intemperante y desenfrenado del más fastuoso lujo: no los creais, en fin, porque la mujer ni seduce, ni arrebata, ni conmueve realmente, sino cuando vivifica sus facciones la suave y purísima luz de la modestia, ¡cuando acompaña á sus movimientos la ineludible gracia de la naturalidad, y cuando velan sus ojos ruborosos los luminosos resplandores de la inocencia, del decoro y del pudor!

Esta es la verdad, queridas lectoras; verdad que no debe seros sospechosa, pues no es una mujer quien os la dice, sino un hombre que os quiere, que os admira y que os respeta, y que al escribir este artículo lleno de buena intención, tan sólo desea que puedan seros útiles en algo estas pobres líneas, que os dedica el mejor de vuestros amigos.

ANTONIO DE NAIT.

UN RECUERDO.

Las elevadas azoteas del palacio de la plaza de Oriente, residencia de los monarcas españoles, servían, hace algunos años, de segura vivienda á una alada población de palomas, jilgueros y gorriones, de desconocida procedencia que, en la época en que las aves viajeras se trasladan á los países meridionales, huyendo de las heladas regiones del Norte, compartían aquellos reales dominios, atravesando el espacio en todos sentidos, y describiendo confundidas círculos inmensos y vertiginosos.

Respectábalas el pueblo madrileño, considerándolas como hijas adoptivas de la coronada villa y amparadas por el morado pabellón castellano, que ondulando á impulsos del cierzo que envían las vecinas sierras, simboliza la nacionalidad española, causaba verdadera sorpresa ver la confiada tranquilidad de aquellas pobres aves que, sin levantar el vuelo, picoteaban las migajas del suelo entre los paseantes de la plaza donde se levanta la ecuestre estatua de Felipe IV.

Durante la primavera cruzaban el espacio, posando su vuelo, de vez en cuando, para recoger las migajas de pan que los niños les ofrecían, ó los granos y simientes que el viento ó la casualidad depositaba en los intersticios de los adoquines del empedrado.

En la más bella temporada del año todos los séres viven y hallan fácil alimento con que nutrirse y cómodo hogar en que cobijarse; pero la naturaleza, al igual de todo cuanto nos rodea, se halla llena de contrastes, y cual nosotros, las pobres aves se hallan sujetas á la terrible ley del antagonismo. Por eso á las hermosas y templadas noches del mes de Mayo suceden las del mes de Diciembre, con su frio glacial y el helado soplo que las montañas nos envían; los campos cubiertos de verdura y exuberantes de frutos, conviértense en tristes páramos; la luz que irradia el astro-rey pierde su viveza, y la naturaleza toda pierde sus encantos y su arrebatadora armonía, cual si se aletargara ó se hallase próxima á perder sus condiciones de poderosa vitalidad. La encantadora animación del cuadro cambia por completo; cesan los alegres trinos, y los nidos, antes perfumados por las flores y escondidos entre el follaje, se balancean impulsados por el viento, frios é inanimados, causándonos su aspecto la triste y dolorosa impresión que nos produce una cuna vacía.

A esa época, lejana ya, se refiere nuestro recuerdo.

Todos aquellos viajeros, ó mejor dicho, casi todos, han abandonado las regias azoteas en busca de los techos de palma y bálago de las cabañas del fellah africano. No todas han partido. Algunas de ellas hánse quedado rezagadas, sintiendo quizás abandonar el sitio en donde nacieron.

¡Pobres é inocentes séres!—decía in petore.—¿Qué será de vosotros durante el terrible invierno, sin recibir los rayos del sol con que calentar vuestro aterido y delicado cuerpo, y sin poder hallar los granos de trigo entre las piedras que habrá cubierto el helado y blanco sudario?

Tal discurría al verlas volar aisladas y silenciosas, cambiando el rápido curso de sus aéreas evoluciones, cuando observé que todas se dirigían á uno de los balcones de las casas inmediatas á la hermosa plaza. En uno de ellos hallábase una bella joven, á la que las palomas rodeaban alegre y confiadamente.

De ella recibían el alimento; sin ella hubieran sin duda perecido.

Aunque la distancia no permitía apreciar los rasgos de su fisonomía, apareció sin embargo ante mis ojos rodeada con la belleza que más eleva y engrandece á la mujer: el sentimiento y la caridad.

Aquella sencilla, pero sentida escena, me conmovió profundamente.

¡Ah! si aquella joven tuviera imitadoras, no veríamos perecer durante el invierno, de hambre y de frio, á tantos desgraciados séres, víctimas de la miseria, y á los que podría salvar la *Caridad*.

A. GARCÍA LLANSÓ.

PRIMERA PÁGINA.

(En el Álbum de la Sra. María Luisa Romero Rubio de Teresa.)

No puedo pintarte, no;
Jamás, aunque fuera yo
Otro Apeles en pintura,
Pintara bien la hermosura
Que Dios tan sólo pintó.

Y no es parte principal
La hermosura material;
Piensa y medita con calma
Que la belleza del alma
Es la belleza inmortal.

No ensalzara mi laúd
Tu gracia y tu juventud
Como tus prendas mayores;
Tú tienes prendas mejores:
La inocencia y la virtud.

Eres reina en un hogar
Que ni lo enluta el pesar
Ni entre duelos te aprisiona:
Con la virtud por corona
Te basta para reinar.

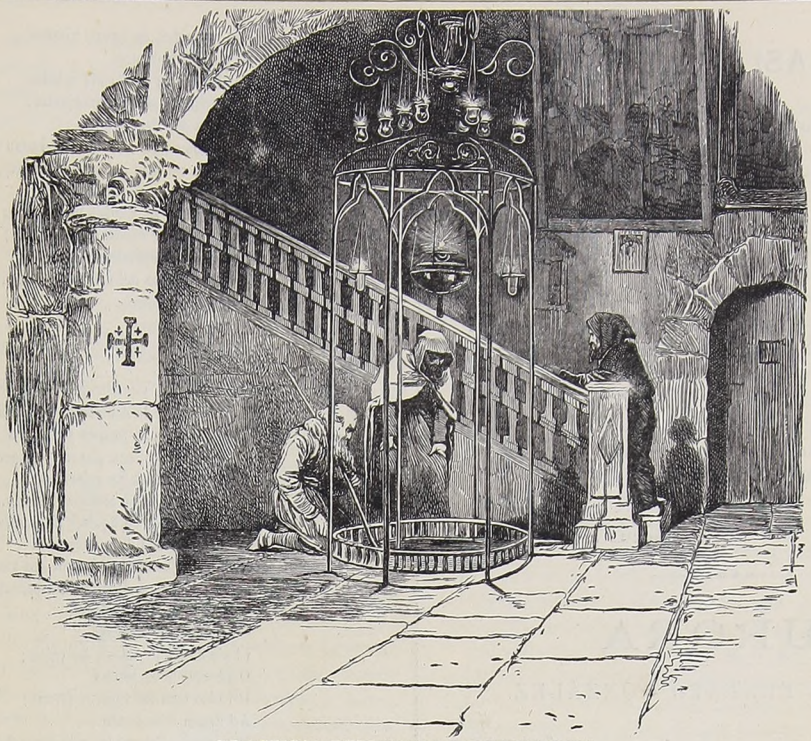
No será musa indiscreta
La que acompaña á un poeta
Que sólo canta congojas....
¡No abre el céfiro las hojas
Que envuelven á la violeta!

Quién soy yo....mírame, estoy
Solo y sin saber quién soy....
En sueños sigo al acaso,
Y si hallo tu hogar al paso
Lo miro....aplaudo y me voy.

México, 1887.

JUAN DE D. PEZA.

ESCENAS DEL HOGAR



PRACTICAS RELIGIOSAS EN JERUSALEM

DESPUES DE LA BATALLA

ALAS! ALAS!

Alas quiere mi ardiente fantasía
Para cruzar con palpitante vuelo
Del hondo mar la inmensidad bravía
Y la infinita bóveda del cielo.

Alas para escuchar de las estrellas
El que elevan á Dios himno sonoro,
Al estampar sus luminosas huellas
Sobre inmensas parábolas de oro.

Alas para bañarse en las espumas
Que hierven en el piélago sombrío,
Y acariciar entre lucientes brumas
Los rosales cubiertos de rocío.

Alas como la errante golondrina
Para escuchar el arpa lisonjera
En que acompaña su canción divina
El genio de la dulce primavera.

Alas de luz para beber la esencia
Que al viento dan las entreabiertas flores,
Y oir la misteriosa balbucencia
Que preludian los tiernos ruiseñores.

Alas como la blanca mariposa,
Para volar en incansable giro,
Y perseguir de la mujer hermosa
El trémulo rumor de algún suspiro.

Alas para aspirar en sus antojos
De tus carmíneos labios la ambrosía,
Y recoger en tus divinos ojos
La luz, la inspiración, la poesía!

Venezuela. GONZALO PICÓN FEBRES.

AURORA

POEMA POR ERNESTO GONZÁLEZ.

Continuación

V

¡Leyes del mundo incomprensibles, duras!
Néctar de flor con base de amarguras
Que, eternas, en la tierra aquí residen!
¡Venturas que producen desventuras!
¡Sonrisas que al nacer lágrimas piden!

VI

¿Y era feliz María?...
Tan feliz, ¡oh lectoras!
Que á las veinticuatro horas
De su enlace, á su madre le decía
Con pasión verdadera:
«Nunca creí que el ser esposa fuera
Poseer tanta dicha y alegría.»

VII

¿Y á los seis meses?... Ella aseguraba,
Con tiernas languideces,
Que tanta dicha á veces
Casi ya la abrumaba;
Tan sólo ha sorprendido
O ha notado, en verdad, con extrañeza,
Que su amante marido
Nunca reza cuando ella siempre reza.
Por lo demás.... socorre al desvalido
Con ejemplar y sin igual largueza.

VIII

¿Y al año? me direis.... al año.... al año....
¡Oh ley mudable de este mundo impuro!
Ya contaba María un desengaño.
¿Cómo fué?... lo diré: pero yo os juro,
A fe de hombre sincero,
Que Alberto, como en Londres, proseguia
Siendo el tipo de todo un caballero,
Y amando más y más á su María.

IX

Era otro año, y nueva primavera
Con fragantes perfumes y colores
Abría nuevas flores
En el campo, en el bosque y la pradera.
Los cielos más azules, más risueños,
Realizaban los sueños
Fantásticos de hadas,
Con sus nubes de ópalo, irisadas
De colores brillantes,
De viva rosa y de carmín orladas,
Y á levísimas plumas semejantes.
Las aves que despiertan
Y que sus trinos con afán conciertan;
La opaca claridad del bosque umbrío,
Los castaños cubiertos de rocío;
La brisa que los campos embalsama;
La luna que se ofusca en Occidente;
Los arroyos bullendo mansamente;
Tras los montes del sol vívida llama,
Todo, todo le dice
Al mortal infelice:
«Póstrate ante el Señor, adora y ama.»
. . . . . .
A esa hora, y unidos por las manos,
De una quinta de Alberto en los jardines,
Recorren prados, fuentes y confines
Los dos esposos, con placer, y ufanos
Cual pareja de alados colorines.
Y ora admirando artificial cascada,
Cuya agua salta en líquidos diamantes;
Ora la oscuridad de la enramada
Que, breve, oculta á nuestros dos amantes;
Ya el riachuelo tranquilo y trasparente
Corriendo entre espadañas,
Que besa humildemente
El pie de los juncales y las cañas;
O admirando suspensos
Del tibio lago los vapores densos;
Así llegan á un prado
Que, verde, ostenta las más raras flores,
Ella, el pecho de dicha enajenado,
Él, en su esposa respirando amores.
Y viendo una camelia que, orgullosa,
Sus pétalos de fuego desplegaba,
Cortóla Alberto, y venturoso, ornaba
Con ella los cabellos de su esposa,
Exclamando: «¡Divina! soberana!
No hay flor más aristócrata y galana!»

(Continuará.)

REVISTA DE MODAS.

LLEGAMOS á los dias del año en que las reuniones son más íntimas y los banquetes más fraternales, porque en ellos la etiqueta se reemplaza por la confianza, y el buen tono por el cariño; hablar, pues, de grandes atavíos para estas fiestas, sería extemporáneo, porque al anfitrión hermano, padre ó amigo del alma, hemos de parecerle bien con el vestido que llevamos á paseo ó á visita; pero como estas fiestas de familia sirven de prólogo á otras muchas más ostentosas, que comenzarán apenas terminadas las fiestas de Navidad, justo es adelantar noticias á las elegantes.

Según las comunicaciones que de París recibo, allí donde la estación de las fiestas brilla ya en todo su esplendor, á los antiguos *bailes blancos*, llamados así porque todas las señoras se presentaban de este tono, van á suceder los bailes de los colores de la casa ó de la nación que represente el embajador que da la fiesta, y de este modo, si llega la moda á traspasar el Pirineo, veránse en casa de los duques de Fernán-Núñez á todas las señoras de encarnado y verde; en la embajada de Francia, de azul, blanco y encarnado, y en la de Austria, negro y amarillo. Algo monótona parecerá una fiesta en que todas las damas guarden uniformidad en sus trajes, pero entonces se aguzará el ingenio para buscar la novedad dentro de lo conocido; las telas, los bordados y las hechuras constituirán la novedad. Como adelanté en mi revista anterior, los trajes de salón se dividen entre cortos y largos: los primeros para las jóvenes que bailan, y los segundos para las señoras que no bailan; en éstos se apuran todos los medios de riqueza y ostentación: bordados de plata y cristal, telas de las más costosas y encajes y flores en abundancia; flores sobre todo, porque la moda quiere que este año las flores reinen sobre las plumas en el adorno de los vestidos, y fuerza es confesar que las hay encantadoras de peluche y de terciopelo en colores oscuros, que sobre el tono claro de los encajes y damascos, son de un efecto maravilloso.

Como tipo de uno y otro traje, he podido admirar uno corto para una linda joven *que baila*, y se compone de varias faldas de tul *rosa moribunda*, adornadas de lazos de cinta rosa, y sobre las que forma paniers un crespón rosa también, bordado de rosas y follaje: ¡una maravilla de bordado! el cual formaba asimismo el pouf, recogido con una guirnalda de rosas que comenzaba en el hombro; el cuerpo, de crespón bordado, se abría sobre corpiño plegado de surah rosa, y el todo del traje bien puede asegurarse que es el más bello símbolo de la reina de las flores. El de cola es de peluche color fresa, con cola forrada de raso blanco, y delantal de encaje bordado de amarantos con seda y cristal; el cuerpo, escotado, de peluche, se adornaba con encajes blancos, artísticamente sujetos en el pecho y hombros con flores amaranto.

Como salidas de teatro y baile, reinan tres hechuras que libran entre sí gran batalla para obtener la preferencia. Hay la gran roronda de peluche forrada de piel, que es la más cómoda, porque se toma y deja con gran facilidad sin descomponer el traje; las visitas de cachemir ó raso bordadas de cristal y entreteladas, y los paletots ó redingots de peluche ó brochados de terciopelo. El primero es el más cómodo, el segundo es el más bello, el tercero el más útil, porque así sirve para salir del teatro como para ponérsele de día, alternando con las manteletas cortas de peluche, que, como queda consignado, es el abrigo elegante en este invierno.

Los vestidos de calle siguen haciéndose de lanas en combinación con otra tela, que suele ser peluche ó terciopelo, pero aunque el primero de ambos tejidos figura en primer término, en cuanto á la elegancia, muchas señoras prefieren el segundo como más útil, porque la peluche para vestido se chafa muy pronto. También se hacen muy bellos trajes de cachemir y faya para paseo y visitas, bordadas de cristal; una falda abierta sobre quilla bordada, ó de terciopelo, y el cuerpo exornado en el mismo estilo, da por resultado trajes muy bellos; otra hechura que sigue haciéndose en algunos vestidos, son pequeños paniers enlazados al pouf, lo cual no es nuevo, pero siempre gracioso: un gran delantal brochado ó de rayas sobre el cual se drapea un delantal de tela lisa igual al pouf plegado y orillado de peluche, es otra forma muy distinguida, y tengo, finalmente, á la vista, un modelo de falda rayada, plegada, y encima otra abierta lisa, recogida de un lado con gran tabla y ligeramente drapeada en pouf, que dejando lucir mucho la primera falda, hace un traje lindísimo para una joven, completándose con cuerpo de aldeta cortada en lazadas y delantero truncido y abierto en escapulario sobre plastón igual á la primera falda.

Diré ahora, como término á mis noticias de hoy, que para casa se hacen lindos trajes de forma princesa, de cachemir y terciopelo, abiertos sobre chaleco más claro, y que el fichú *frou-frou* hace furor en París para el teatro: es un cuadro de tul con encaje que se prende bullonado sobre el pecho, unas veces cruzado con flores en los hombros y otras con una punta caída y otra recogida en berta. También he podido ya admirar en nuestro teatro Real que las damas van prescindiendo de la sencillez en el peinado y ostentan grupos de lazos ó pluma sujetos con una joya.

Madrid, 18 de Diciembre de 1886. JOAQUINA BALMASEDA.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

Continuación.

—Sea usted franco.

—¿Acaso no lo he sido siempre con usted?

—Sentiría lo contrario.

—No dude usted, que le considero mi segundo padre.

—Siento manifestar á usted que tengo que retirarme, pues todavía no he hecho el lio, como vulgarmente se dice.

—Lo siento, querido Mario; desearé disponga de mi amistad y mi fortuna como guste, á pesar de nuestra ausencia. Tome usted estas cartas que le introducirán en los salones de personas de alto rango; puede usted presentar las que guste, pues á nada queda obligado; mi único deseo es que le sean útiles mis relaciones.

—¡Cuánto debo á usted!

—Nada, nada; todo lo que hago es poco para lo mucho que usted merece.

—Mil gracias: adiós, apunte usted sus impresiones de viaje y á su regreso podremos gozar de ellas reunidos.

—Así lo haré. Trabaje usted mucho, deseo se halle inspirado para eclipsar á todas nuestras glorias.

Mario bajó los anchos peldaños, y después de recorrer algunos callejones, entró en una humilde casa de la calle del Moral, sita en la parroquia de la Magdalena. Subió una corta gradería de escalones desiguales, encendió un fósforo é introdujo una llave en la cerradura de su pequeño aposento.

El cuarto de Mario tenía un tinte grandioso y mísero, alegre y triste; era un amalgama de lo extraño y lo vulgar. Cinco ó seis coronas de laurel, con cordones de oro y magníficas cintas, con halagadoras inscripciones, ornaban las desnudas paredes, en unión de una Dolorosa y un retrato de una anciana que indudablemente era la copia de su madre.

Una mesa-escritorio de caoba de forma antigua llenaba la mitad del cuarto, y sobre ésta había dos escribanías de oro regaladas al poeta por aristócratas *amateurs* de los buenos versos. Esta mesa se hallaba completamente cubierta por multitud de periódicos, de cuadernos de todos tamaños con poemas en variados metros, y pequeñas cartas geográficas.

Un veladorcito incoloro por las injurias del tiempo le servía de lavabo, y en él aparecían corbatas, jabones, cepillitos, frascos, una jofaina rota, dos peines y un trozo de cristal azogado.

Algunas pilastras de libros rodeaban una cama de nogal cubierta por una colcha de abigarrados colores de muy mal gusto.

Las dos habían dado en el reloj de la Magdalena y todavía continuaba el poeta-pintor llenando sus dos maletas, rompiendo cartas innecesarias y colocando en pequeñas cajas de ébano pinceles, colores y frascos de barniz.

Después abrió una cartera de piel de Rusia y guardó respetuosamente retratos de mujeres, rizos negros y rubios, lacitos y hojas de flores marchitas.

Cuando hubo colocado libros y papeles en las maletas, arregló su saco de noche y después cerró herméticamente un baúl que tenía lleno de obras de autores antiguos.

Descolgó el retrato de su madre, que era lo único que quedaba en los testeros del cuarto, y besándolo con cariño exclamó fervorosamente:—¡Oh, madre mia! Tú que me ves desde la región de los justos, vela por mí; ruega al Dios misericordioso me bendiga y proteja; tu intercesión será muy atendida, pues has sido un ángel en la tierra. Yo conservaré tus sanos consejos, incrustados en mi memoria. Yo despertaré mis sentimientos para todo lo grande y lo santo; me elevaré por tu sagrado recuerdo y practicaré el bien, no por filantropía, sino por la dulce satisfacción que me proporcionará el cumplimiento de un deber que me recomendaste tú.

Aquí, en nuestra patria querida, dejo á la amada de mi corazón; posa sobre ella tus níveas alas; sé el escudo de su inocencia; conservame su alma tan pura, tan inmaculada cual la tuya, y no consientas que nadie le arrebate su candor infantil, su modestia y virtud.

Después de esta plegaria permaneció en muda contemplación, hasta que la nueva aurora, rasgando los negros velos de la noche, esparció su refulgente resplandor por los ámbitos del mundo.

Le sirvieron en su mismo cuarto un chocolate, solventó sus deudas con el ama de la casa, y tomó la cartera de viaje, entregando su equipo á un criado de la casa, para que lo llevara á la estación de ferrocarriles.

Un coche de plaza le condujo muy en breve allí.

Pronto se vió en medio de los jardines que circulan á la estación, situada en la parte Norte de la ciudad, detrás de la Fuente Nueva, y á la izquierda del barrio de San Lázaro.

En este ameno sitio hay magnífico arbolado, plantas de diversas clases, parterres deliciosos salpicados de fuentes, saltadores y juegos de agua que regocijan la vista y el corazón, haciéndole al viajero más triste su partida.

El aviso fué dado; los viajeros ocuparon en los coches del tren sus respectivos puestos, y Mario se reclinó en los almohadones de un coche de primera clase.

Llevaban gran velocidad.

Mario sacó un pliego de papel y un lápiz, y se ocupó durante su viaje en hacer una despedida, en octavas reales, á la sultana de las flores, á su patria adorada, á la sin par Granada.

II

Un agudo silbido anunció á los viajeros que habían llegado á la estación de Atocha.

Los andenes estaban poblados de gentes.

Las exclamaciones de ansiedad que exhalaba la impaciente y agitada multitud, se calmaron muy en breve, y á éstas siguieron frenéticos besos maternales, tiernas caricias, amistosos apretones de manos, fraternales abrazos, gritos de júbilo y placer que ahogaban algunos ayes de dolor.

¡Siempre es más ruidosa la alegría que la pena!

Nuestro predilecto viajero, ó sea Mario, estaba ya un poco más animado: es verdad que había dejado la patria de su corazón, pero se hallaba en la patria de su inteligencia, pues en Madrid se hizo conocer como poeta y en Madrid se vió en el palco escénico con una alfombra de laurel á sus pies.

Pocos pasos había andado en dirección á los coches-ómnibus, cuando un elegante joven apoyó su brazo familiarmente en el hombro del poeta-pintor, exclamando á la vez:

—¡Tú por aquí, querido Mario! indudablemente has venido á recibir las ovaciones que tu último poema merece. Has hecho perfectamente; además, Granada es un teatro pequeño para tus triunfos.

—¿Y tú que haces aquí, querido Alberto?

—¿Qué he de hacer? darme vuena vida: Cartagena es una triste jaula en la cual me moría de aburrimiento y hastío. Allí continúa mi familia adherida como la ostra á la roca, y yo me divierto por aquí al paso que hago paulatinamente la carrera diplomática.

Pero hablando de lo más esencial, ¿tú dónde quieres hospedarte?

—No me he fijado en parte alguna.

—¿Quieres vivir conmigo?

—Supongo caro el hospedaje del vizconde de la Plata.

—Precisamente este nombre es la mayor antifrasis que se ha podido conocer. Me llamo Plata y siempre me encuentro exhausto de ella.

Soy muy dispendioso, y aunque mi familia me manda grandes cantidades, estoy siempre tronado, pues según mis costumbres los tesoros de Creso no me son suficientes.

—Llévame donde tú quieras, querido Alberto, que me será muy grato habitar en el mismo aposento que tú.

—Entonces haremos que nos conduzcan á la calle del Carmen, donde yo resido, y podrás ocupar un cuarto contiguo al mio, que casualmente vacó ayer.

—Estoy á tus órdenes.

—Marchemos: yo he salido á recibir un amigo que venía de Córdoba; mas no habiendo llegado, mi misión queda terminada ya.

—Entonces al coche.

—Cuando gustes.

Mario entregó al cochero su saco de noche y demás, y subió, por fin, con su amigo en un simón mísero y sucio, como lo son en general.

Largo rato callaron los dos jóvenes, hasta que el vizconde dijo á su amigo

—¿Qué tienes? Pareces preocupado en algo desagradable.

—No lo creas; este vehículo nos conduce con tan gran lentitud, que me ha permitido admirar el magnífico Observatorio astronómico y el hermoso Botánico que tan mejorado me parece.

—¡Oh sí, tenemos notables mejoras en Madrid!

—Cuatro años nada más hace que falto de la Corte, y creo observar múltiples innovaciones.

FIEL COMPAÑERO

—¡Bien se conoce que vivimos en el siglo del vapor!

Trascurridos algunos minutos el vizconde exclamó:

—Alto, cochero! aquí nos apeamos.—Saltó del estribo y dió dos fuertes aldabonazos con repique especial en la puerta del pórtico de una casa bastante elegante.

—Toma tus monedas, auriga, y vete cuando se te antoje.

Dos criados, habiendo conocido el repique, que anunciaba un forastero, se presentaron solícitos á tomar el equipo del nuevo huésped.

Pronto llegaron al cuarto segundo.

Alberto guió á Mario al aposento contiguo al suyo y marchó á dar órdenes para que le preparasen todo cuanto necesitaba.

—Supongo querrás descansar, amigo mio.

—Sí, hasta mañana no cuentes conmigo para nada; los viajes me trastornan la cabeza y necesito algunas horas de reposo.

México, 1887. *Continuará.*

EXPLICACION DE LAS ILUSTRACIONES.

Alcázar de los monos en Benares.—En esta ciudad de la India se halla en los suburbios el alcázar de los monos, uno de los edificios más raros que puede admirar el viajero. Hay en él una pagoda, donde se encuentra la imagen disforme de la diosa Doorga Okali, esposa de Sihva, el dios destructor de los indios. Se ofrecen diariamente cruentos sacrificios de animales, para calmar, según ellos, su tendencia de destruir víctimas humanas. El mono es un animal sagrado en la India: por eso se vé en ese alcázar un mono sobre cada cornisa, sobre cada nicho y sobre cada chapitel. El Príncipe de Gales, en su viaje á la India, visitó este extravagante alcázar.

Escenas del hogar.—El hecho más insignificante es en un hogar caldeado por el sol del sentimiento, escena trascendental. Por eso en el cuadro que presentamos aparecen seriamente interesados los principales individuos de la familia, oyendo leer á una tierna pequeñuela. La educación dada en el hogar produce excelentes resultados, y recomendamos á las madres de familia que mientras les sea posible no la fíen á manos mercenarias.

Prácticas religiosas en Jerusalem.—Nuestro grabado representa uno de los lugares que son considerados con más supersticiosa veneración por los fieles de la iglesia griega y romana que frecuentan la ciudad de Jerusalem. Debajo de las lámparas, y en el centro del círculo del barandal, se halla un agujero que traspasa las piedras del pavimento. Dícese que en el fondo de la excavación se encuentra la columna á la cual fué atado Jesús para ser azotado por mandato de Pilatos. Se vé de rodillas á un anciano peregrino, que echa mano de un palo con intención de tocar con su extremidad la santa reliquia para besar después el lugar del contacto.

Después de la batalla.—Los horrores de la guerra se ven en toda su desnudez después del combate. ¡Cuántas víctimas inmoladas á veces por la ambición de unos cuantos! Si bien la guerra es necesaria cuando se trata de la integridad de la patria, no podemos menos de lamentar las consecuencias, siempre fatales. Nuestro grabado representa á unos heridos que van caminando hacia el punto donde puedan hallar alivio á sus males, transidos por el dolor que les causan las heridas. No hay duda que son éstas gloriosas cuando se trata de defender la patria, pero no son por eso menos sensibles.

Fiel compañero.—El perro es un animal tan noble, que muchas veces supera en generosidad de sentimientos al hombre: por eso no es extraño que el perro sea en todas partes símbolo de la fidelidad. En el cuadro que hoy presentamos aparece un niño protegido por su guardián, y se le vé tranquilamente dormido, confiando en tan noble protector.

OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

MADRES DE HOMBRES CELEBRES.—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas.....$ 1 50

SUPLICIO DE UNA COQUETA.—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.

Registrado como artículo de segunda clase.